

doras, hay que decirlo, de una buena formación europea. Por saber de estas cosas sabe como yo el señor Ferrara que la democracia y el liberalismo no surgen milagrosamente de la cabeza de ninguna Minerva tropical, sino que son el producto de una realidad económica específica y que en tierra de economía colonizada como Cuba, no hay más que un modo de traer la democracia: echando abajo relaciones esclavistas que lo impiden, relaciones que la organización económica impone. En una colectividad como la cubana, pues, no hay más que un modo cierto de servir la democracia: luchando por la transformación de la economía en bien de las masas trabajadoras cubanas. No hay más que dos caminos: o ponerse junto al pueblo, que ya sabe, por suerte, que su beneficio vendrá del rompimiento de la colonia de ahora, o ponerse al lado de quienes, representantes del capitalismo financiero estadounidense, alejan la posibilidad democrática que conspira contra la labor opresiva de ese capitalismo. Hace dos semanas decía yo al compañero Bliven, editor de *The New Republic*, que nuestras tierras hispano-americanas estaban conociendo las peores dictaduras imaginables—Machado, Ubico, Hernández Martínez, Carías, Vargas, Terra, López Contreras, Justo...—porque en momentos críticos para un sistema económico acuden éstas a medidas de imprevisible agresión, de franca inhumanidad teniendo que usar por fuerza agentes nacionales de la peor calidad. El eclipse total de la democracia, llega, por ello, en estas ocasiones.

No caben entendimientos entre los que ayer y hoy pugnamos por la democracia al luchar contra el imperialismo y el *liberalismo* cubano, sus naturales enemigos, y los que, como el señor Ferrara, fueron siempre abogados de las grandes empresas yanquis y consejeros eminentes de la dictadura cubana, fidelísima servidora de esas empresas. El señor Ferrara promete al pueblo de Cuba "hacer todos los esfuerzos en una obra de felicidad general". Cuando tuvo en su mano los más poderosos resortes hizo todo lo posible porque esa felicidad no llegara. ¿Puede esperarse que nuestro pueblo, que es olvidadizo, pero no tanto, prefiera a los correligionarios del señor Ferrara que nada hicieron cuando podían por libertarlo, a los que antes de ahora han estado desinteresadamente al servicio del pueblo? Es una cosa terrible, lo comprendemos, que la realidad sea en efecto tan terca, como dicen los ingleses.

El señor Ferrara cree estar limpio de toda culpa en su labor política cubana. Si él, culto, rico, talentoso y perspicaz se ha puesto siempre junto al *liberalismo* esclavizador de su gran amigo Gerardo Machado y contra el *liberalismo* verdadero que no ha gozado pero que ansía enérgicamente la masa cubana, si el señor Ferrara no es culpable, ¿quién lo será? Es cierto que, "sin mirar a los hombres, sin adorar fetiches nuevos o viejos", precisa en Cuba como nunca la unificación para la libertad y que los credos políticos que miran a la igualdad del hombre deben entenderse y trabajar juntos. Eso dijimos y eso quisimos desde la tribuna en que nos puso la generosidad ilimitada de los artistas mexicanos. Eso seguimos

queriendo. Que es lo mismo que estar radicalmente contra los que siguen jugando con las palabras en su beneficio, porque para ellos las palabras *liberalismo*, *democracia* y *libertad*, fueron banderas excelentes para cubrir la mercadería de su propósito verdadero: servir a los que, yanquis o cubanos, trabajaron uno y otro día por el privilegio y la esclavitud.

(De "Repertorio Americano").

Jorge Isaacs y su María

(ABRIL DE 1837 - - - ABRIL DE 1937)

Por AUGUSTO ARIAS

Un libro que dura

HEMOS vuelto a leer *María*, en cuyas páginas alentara, en otro tiempo, esa infantil curiosidad que se doraba ya con un inquieto albor de adolescencia. *María* es un libro que se abrió en una primavera pudorosa y en su terso capitulario es fama que han quedado, como el resumen de una sentimental admiración, las lágrimas de los amantes puros. La prestigia un largo ayer y las horas actuales removerán su recuerdo, como para que busquemos la razón de perdurar de aquel libro, que en una época fuera devorado con idéntica pasión a la que inspiraran el *Werther*, *Atala*, *Romeo y Julieta*...

María es un romance de amor desarrollado en largo trecho que sirve, no obstante, para la expresión de una dicha efímera, acechada por el presentimiento. Un lector de nuestros días, se fatigará sin duda de la minucia destejida con lentitudes nimias y el decurso pausado y casi langoroso del relato, parecerá de lengua monotonía, pero hay que retrotraer aquellos instantes en los cuales la vida, lejos de nuestra aviónica existencia, pretendía desenvolverse en la quietud de un remanso y para la cual valían los detalles en una medida que acaso no acertarían a sentir los hombres de ahora. Su complicado argumento es el de un amor que florece en los años de infancia, que se desarrolla nimbado de una candorosa gracia y que se destina, sin embargo, a desaparecer con la muerte. Poema sobre todo, de hallarlo primero en la frescura del idilio, de seguirlo a poco, en los altos montañeses del romance de cacería y de buscarlo, después, en el tremor élego, cuando el imposible físico agita en el ausente y en la que ha debido quedarse para esperarlo, cierta especie de angustia metafísica que se resuelve en el libro con el delicado toque de los estados de ánimo, logro feliz de las mejores obras del romanticismo. Isaacs mismo definió el poema, al decir de su pasión frustrada, en el soliloquio de Efraín: "diálogo de inmortal amor dictado por la esperanza e interrumpido por la muerte".

Obstinada repetición la de intentar un recuerdo minucioso del asunto de libro tan releído y repasado. En sus hojas, como en las de pocos volúmenes, la mano asidua ha dejado su huella y

el lápiz menos experto ha subrayado los renglones más ingenuos. Pocos han de ignorar, por tanto, de la fugitiva belleza de María, de su ternura que casi no es de aquí, y de la desdicha de aquel Efraín sin par, amado como ninguno y a la postre desolado como jamás pudo estarlo nadie. Pero hablar de Isaacs es encontrarlo en las páginas de su *María*, bañadas sin duda en este 1º de abril por la millonésima mirada, que se alberga en ellas como para resucitar la escena de la completa esperanza y de los cariños fieles o que vuela, jugueteando con luces sonrientes, como dudosa de saber que pudo existir amor tan entero y creyendo en él, sin embargo, como en la lealtad de otrora, pues a medida que se afirma en la lectura, es más que la carne de la realidad, un ambiente de humanismo el que ha cobrado vigor y presencia y nos ha perseguido con su vuelo rumoroso, hasta cuando Efraín se desprende del cementerio caucano, sin poder desvanecer su fantasma, con el galope que le aleja de su teatro del valle, sin moverle de sus visiones pesarasas.

El Romanticismo

El libro es de los más calificados en el romanticismo de América. Las notas de la tendencia dominan en él de tal modo, que no fuera posible posponerlo, menos olvidarlo, en la más superficial historia de nuestras letras vernáculas. En la escuela romántica sobresalieron, en efecto, las facultades de la imaginación y el sentimiento, tan patentes en *María*; se distinguió el gusto paisajista, y no propiamente con la seguridad descriptiva de los clásicos, ni con la conformación casi tangible de los realistas, sino más bien con una suerte de golpes coloristas, breves, en una evocación más que en una representación de los parajes, todo lo cual encontramos en la novela de Isaacs. Asimismo los personajes no se destacaron en firmeza de contornos, apareciendo por lo general en el escenario o el paisaje, narrados más que descritos, vistos más que retratados, formando parte de esa varia flora de sensibilidad que volvió a los románticos poetas arrebatadores, prestos a la divagación lírica, impresionables y vibrantes y, acaso también, en algunas veces, encantadoramente imprecisos y fugitivamente abandonados al calor o al matiz de las palabras.

Si otro de los caracteres del romanticismo fue, y desde sus mismas raíces, el de la búsqueda de los temas nacionales, ese también hemos de reconocer en *María*, pues que es la novela de los valles caucanos, de las costumbres caleñas, de los tipos de Antioquía, de las particularidades colombianas y si queremos abundar en el apunte de otras manifestaciones de la corriente romántica, añadiremos todavía que la exaltación del cristianismo, esencia constante de la modalidad literaria del ochocientos treinta, alienta también en el libro de Isaacs. Cuando Efraín se constituye en el maestro de Emma y de María, son los capítulos románticos del *Gemio del Cristianismo*, de Chateaubriand, los que dejan abrir su filón endulzante y a lo largo de los episodios de la novela, es frecuente la imagen católica. Algún montañés halla el parecido de María con la Virgen

de la Silla que allí se veneraba. En la casa de La Honda, hay un oratorio que recoge las plegarias de la heroína y la desesperación de Efraín, y cuando éste va de visita a una chacra de las vecindades, repara en que se han dispuesto en el comedor, como el más fino de los adornos, algunos retablos quiteños.

No han faltado quienes hablaran del romanticismo criollo, con una raíz propia en América y hasta se puede sentar, como inconcusa, la teoría de que, para el gusto paisajista del romanticismo, fueron escogidos los campos de nuestro continente, como lo demuestra la obra de Chateaubriand. Romanticismo criollo el de *María*, por la vida americana de que está llena; su figura principal, conformada en las delicadezas que distinguieron a las Atalás, no se presenta con menos autenticidad, pues que la niña de la novela de Isaacs se perfila con los ademanes y los sentidos de la mujer andina.

María

No hay un retrato acabado de *María* en las trescientas páginas de ese libro de amor. El romántico no alude, ni una sola vez, al color de los ojos de la que solía llenar de flores recién abiertas el vaso cristalino de su alcoba. En cambio la cabellera de su prima le obsede en la memoria de su ala sedosa y la recuerda siempre como la sombra de aquella frente de alabastro en la cual había de verse la translucidez de un pensamiento no contradicho ni amortiguado. Efraín la conoció desde cuando contaba siete años. Había, según propia confesión, desdeñado los juguetes que su padre le trajo de sus viajes, "por admirar a aquella niña tan bella, tan dulce y sonriente". Pero por no romper el encanto de su evocación pura, no se complace en representarla para que la veamos en nítida imagen. Se goza, más bien, en sugerirla vaporosa y como inasible, como a esos dones de cuya maravilla nos habló el labio más uncioso, pero que no habremos de alcanzarlos. Mas, no por menos precisa, la figura de *María*, como las de otras criaturas románticas, se diluye en el paisaje y si éste se aclara en trazos movibles o se anima en la lírica presentación de la naturaleza, es cuando el enamorado la persigue en los sitios habituales, cuando se inclina a buscar su pisada en la selva o cuando, ya sin esperanza, busca sus manos entre las azucenas ajadas.

El presentimiento, como en el ambiente difuso de una tragedia nueva, repasa en el romance de Isaacs, corporizándose en el buho del chirrido siniestro, que no es el cínico parlante de la noche poeana, sino el que sabe posarse, medroso, en la ventana del cuarto de *María*; volar, agitando sus alas metálicas, sobre la esquiva pareja del coloquio; levantar un viento frío y delgado, y alejarse, después, sin que sus ojos fosforescentes hubieran enseñado su luz rojiza, como la del carbón que arde.

El amante la sigue en el vaivén casi tranquilo de la que está destinada a una estancia tan fugitiva y se dijera que al estudiarla sin propósito, supo inmortalizar en ella el modo resignado y desprendido, la suave actitud, como innerecedo-

ra y triste, de la melancolía. "Tarde bella—dice Isaacs de una de las del valle—bella y transitoria como María fué para mí". Así, el contraste prepara y desarrolla la impresión que ha de dejar el libro en la sensibilidad de los lectores. Desde los comienzos advierte en la "mejilla helada" de su prima, "la primera sensación del dolor". El lenguaje de las miradas es de correspondencia discreta frente a la severidad de los padres y en el mutuo regalo de las flores, se trenzan las delicadezas del idilio. María suele regar las mejores rosas en su baño oriental y surge más seductora, cuando en su cabellera castaño oscura ha prendido una de las azucenas que su Efraín, trayéndoselas para ella, las había abandonado en el escrúpulo de sospechar que no las querría. Cuando María sale del baño, tiene el rostro pálido y rosado bajo su cabellera de carey. Dormida, en sus párpados anchos, hay el color perlado del raso. Llorosa o sonriente, no es menos bella que cuando se pone ligeramente severa. Efraín la besa una sola vez, en la cabellera destrenzada, larga, larga como la de Julieta, y ella se defiende la frente con las manos, contradictoriamente temerosa de los labios que tanto ama...

La niña huérfana cuyo nombre bíblico, Ester, había de cambiarse por el cristiano de María, se impresiona para siempre en la memoria de Efraín. El se la acerca con enternecimientos cautivos y ella le recibe con timideces de novicia. El romance dura lo que un viaje de palomas por el deslumbrado valle del Cauca, y no obstante, se queda perdurablemente retenido en el libro. Los símiles del paisaje saben enlazar el romántico idilio. La fraternal figura de Emma fortalece la confianza. De la plática de María, guardará Efraín la remembranza de esas palabras que se le antojaban "pertenecer a otro idioma", del cual "hace años que no regresó una sola frase". En ese amor en creciente, azota la ventisca del infortunio y la enfermedad hereditaria de María, coincide, en su primer anuncio, con el paso del ave agorera. Hay que reabrir el libro, para renovar lo que, de la lectura antigua, dura grabado en el contorno central de la novela. Se levanta de toda ella una veraz frescura y una autenticidad difíciles de imitar, ya que no de superar, en las nuevas concepciones del arte.

Una sutil progresión une a los jóvenes que van a separarse para siempre. En el agosto vacacional se aproximan en una promesa eterna, pero las auras de septiembre, en son de otoñada, han de traer los vientos de la distancia. Efraín es el que irá a contemplar los nuevos paisajes, a concluir su carrera, y María, la que debe aguardar, desangrando las horas monótonas, y muriéndose. Las últimas páginas de la novela alcanzan la dolorosa tesitura de la elegía. Poco habrá, en las letras universales, de tan conmovedora sencillez como la desesperación del joven caleño, por no encontrar a María a su regreso precipitado, después de aquella navegación por los ríos caucanos, asaltada por la zozobra de las aguas y detenida en las posadas del tránsito que muestran la fisonomía caliente del trópico, en el cual vigila el ofidio y ronda el murciélago. Poco, asimismo, semejante a ese recibimiento de duelo, cuando los

padres de Efraín no aciertan a revelarle la terrible verdad. Y arrancada de la vida la figura llorosa de la madre, la que, pese a su celo biológico, logra medir la fuga de ese grande amor. Irrepetible, en fin, ese recorrido que hace Efraín por los sitios queridos, así como su entrada al oratorio, cuando el vigor cristiano comienza a quebrarse en la desolación exclamativa: "Iba a pedírsela a Dios... ¡ni él podía ya devolvérmela en la tierra!..." Y la minucia inquisitiva para saber de los últimos instantes de María. Y la entrega de su guardapelo. Y el aferrarse a las trenzas de su amada, como a un despojo vital, a sus trenzas de un castaño oscuro, que siempre estuvieron adornadas con las flores caucanas. Y el reencuentro de la piedra de los coloquios. Y el tambaleante decurrir por la pieza mortuoria en la cual quedara el lecho medio tendido, y en el vaso que supo de sus labios el color de la medicina postrera.

"A las orillas del abismo—escribe Isaacs—cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y obscuro blanqueaban las tinieblas y tronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente..." El también, como los personajes románticos, como el Romeo, como el Werther germano, compareció ante la sima del suicidio. Pero una elástica voluntad quiso detenerle en su rumbo ciego. He aquí cómo el libro romántico pudo ser válvula propicia para el desahogo de la desesperación. Dando salida al fantasma interior, el hombre casi liberado, aliviado más bien, vuelve a su trecho cotidiano. Efraín quiere conocer la tumba de María. Es un túmulo blanco sobre el cual se levanta una cruz de hierro, a medias oculta por las adormideras y en uno de cuyos brazos se ha posado, otra vez, el ave del "espantoso canto".

Americanismo de la novela

Aun si quisiéramos prescindir de los capítulos que forman la pasión inmortalizadora de María, en los cuadros de costumbres de la novela de Isaacs, en los tipos y en los caracteres, habría lo bastante para estudiarla y elogiarla como un relato de América, como un fruto de tierra colombiana, revelador de la tierra y de los hombres. Toda descripción en *María* es casi breve. Diríamos un tejido de hipotiposis, alentadas en la marcha romántica de los símiles. Pero el paisaje, captado aquí, insinuado después y reflejado a trechos, ofrece, al final, un conjunto magnífico. Los caminos guijarrosos, el rumor de Zabaletas y la frescura de sus vegas; los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca. Los jardines de La Honda, poblados de azucenas, de lirios y de claveles, de naranjos, de pomarosos y de azahares. En las jornadas de la selva hay una veracidad de anuncio casi realista, sobre todo en la cacería del tigre y, aun cuando con menos firmeza, acaso también en la de los venados, que metaforizó la hora temblorosa de apagarse el sol, la tranquila media claridad con la rama huyente del ciervo, el sol de los venados.

Los personajes extienden su acción, no se vuelven esfumables ni desaparecen y la mayor

parte de ellos corresponden a lo que se ha llamado la caracterización, en las preceptivas de ayer y de hoy. El antioqueño José, Lucía y Tránsito, son figuras representativas de toda una clase. Braulio se muestra con su valor campero y su lealtad entera, sirviendo para la antítesis del cuadro, al celebrar una boda feliz, apadrinada por María y Efraín. Isaacs demuestra una simpatía cordial por los humildes, en la narrativa de las escenas campesinas y en la presentación de sus personajes de conciencia aligerada y corazón tranquilo. Los montañeses aman a Efraín, cuya palabra familiar les acaricia en oportunos parlamentos. En todo un largo episodio labra el poeta caleño la historia de la negra Feliciano, aya de María, desde cuando la niña huérfana fue llevada a la tierra de la madre, en los brazos tostados de la mujer, oriunda quizá de Bambuk, aquella ciudad africana de la música mecida y aligera. Relata entonces la humanidad de su padre, cumplidor de la manumisión de los negros y sigue a Feliciano, hasta cuando, al morir, se marcha para siempre, cuerpo yacente de ébano, sobre una parihuela de guaduas.

El retrato de Carlos, el barbilindo pretendiente de María, es de los que se desarrollan con mayor firmeza. Juegan en su faz anímica las luces del contraste, y apareciendo en el comienzo brevemente fanfarrón y codicioso, acaba de bañarse al término, de un atrayente resplandor. Y es María la que debe borrar, con pronto y discreto ademán, la quimera moceril en su "tersa frente, de ordinario serena como la de un rostro de alabastro". No son menos vigorosas las figuraciones de su amigo Emigdio y de don Ignacio, con sus ojos azules bajo del sombrero de jipijapa.

Pero quizá para nuestro particular aprecio, los personajes más característicos de la novela, son los de la familia del compadre Custodio, y éste sobre todo, que habla con cierto son de máxima cervantina y posee la bondad del hospedaje y la confianza de las gentes buenas, mientras su mujer prepara en el hogar campestre la criolla heterogeneidad del sancocho.

De entre todas esas páginas, las que nos complaciera llevar a las antologías, serían las que corresponden a la campesina Salomé, clásicas ya, encantadoramente reales. Esa muchacha "cuyas mejillas mostraban aquel sonrosado que en las mestizas de cierta tez, escapa por su belleza a toda comparación", quiere de veras a Efraín. El poeta no revela la historia de plano, pero al descubrirla en el giro de su narración, la vuelve más sugestiva. Esas son, acaso, las dialogaciones más finas, más intencionadas del libro, aun cuando sintamos en la frase de la montañesa caucana, alguna desacostumbrada compostura y un ágil pensamiento, en cierto modo semejantes a los de los personajes de la novela pastoril. Releed esas descripciones de la moza en aptitud de dádivas; seguidla en sus ardentías de cuarterona, disimuladas en gracia del arte alado del descriptor; acompañadla en los momentos en los cuales, autorizada por su padre, marcha a recibir los consejos de Efraín; escuchadla en su maña mujeril y advertida para despedir al hermanito; vedla, mitad sensual y romántica, preparando el baño de Efraín;

oídla en las finezas con las cuales, a medias ruborosa y resuelta, adula al novio de María y decid si allí, en ese cuadro inolvidable, no hay un acorde estrecho de romanticismo y realismo, por lo mismo que la nota brevemente sensual, iniciada en el escorzo de la tentación y luego desviada por Efraín hacia la felicidad de un matrimonio de campesinos, apenas remueve el río calmo, en cuya corriente arroja Salomé pétalos frescos, pues sabe que así suele bañarse, por el cuidado de unas manos queridas; el señorito de La Honda.

Y luego y siempre, la impresión de la naturaleza americana en la que resalta el color bravo de la montaña o la traza hogareña del perro Mayo, en ese libro escrito en un estilo limpio y claro, matizado de provincialismos y en el cual, por más que su vértebra sea la del relato de un amor tan florecido como desgraciado, sonríe a veces la vida, apunta el gracejo y a la vera de un gran dolor, pasa el negrito montañés silbando bambucos...

El autor

Jorge Isaacs nació en Cali el primero de abril de 1837, y sus años de adolescencia decurrieron en una hacienda del Valle del Cauca. Herencias disímiles habían de determinar su temperamento, cuajándose en la obra colombiana, en el poema de fantasía oriental, en el descriptivismo vagaroso y vivo a la vez, en la sensibilidad vehemente y el raro atisbo de los pasos del augurio. Su padre, un judío inglés que se estableció en Colombia para trabajar en las minas de oro del Chocó, es el mismo que se perfila en el personaje del padre de Efraín, disciplinado y severo, laborioso a prueba y dueño de un carácter emprendedor. Su madre, doña Manuela Ferrer, es vallecaucana, de procedencia andaluza. Isaacs estudió en Bogotá, y la ciudad santafereña escuchó y aplaudió sus rimas del comienzo. Para entonces estaba ya casado con la caleña doña Feliza González y no había comenzado a escribir su libro perdurable, aun cuando él estuviere ya en el esbozo de las experiencias y las impresiones que aguardan el instante mejor para cobrar la forma que las retenga y las expanda. Paralelamente con la manifestación americana del romanticismo, habíase iniciado en Colombia una tendencia realista de morigerado tono, perediana quizá y buscadora, por eso, de la ruta costumbrista, del sabor de la tierra y del rostro de lo típico. Tratábase de moderar el acento romántico sujetándolo a una verdad más próxima y aquí residió, sin duda, la fortaleza inicial del americanismo que puede contar en el Ecuador con escritores de tantas virtudes como don Juan León Mera. Los "costumbristas" colombianos celebraban reuniones literarias a una de las cuales fue presentado Jorge Isaacs por Vergara y Vergara. Llamábanse "los mosaicos" y disponían de una revista, casi ignorada entre nosotros, que se denominó asimismo, *El Mosaico*. Isaacs, vacilante al comienzo, debió revelar algo de su cosecha mental y para entonces sólo podía ofrecer la lectura de sus versos. Eran estrofas de una nueva voz, cuadros camperos, acuarelas de la selva, romances terruñales, evocaciones caucanas, brochazos de la naturaleza, más subjetivos que narrativos, pero

incautados, con una gracia natural, de los motivos del valle abierto y de la floresta intrincada, rampante hacia la montaña. Los Mosaicos, de la desconfiada frialdad con la que casi siempre se recibe al escritor novel, habían pasado al reposo de la atención y en breve al gesto aprobatorio. E Isaacs quedó desde entonces consagrado por los elogios de Pombo, de Moro, de Fallon, de Marroquín. Tal es el entusiasmo que despierta el joven poeta entre los contertulios de *El Mosaico*, que se dispone la publicación de su tomo de versos, con un prólogo anunciador que todos los costumbristas se disponían a suscribir. Así sube al Parnaso el cantor caleño y sus versos, expresivos de la Naturaleza que todos habían sentido, sin acertar a reproducirla en la palabra, son repetidos como lo que no se agota y se musican luego, para ser modulados después junto al bordoneo, como aquellos de *Las Hadas*, promesa juvenil de la duración del poeta y que han sido escuchados por Cornelio Hispano en labios campesinos, cuando en 1932, pasando unos días en La Selva, cerca de El Paraíso, escribió una breve oración lírica en recuerdo del autor de *María*, enviándosela para el *Repertorio Americano*, a nuestro García Monge.

* * *

A poco vemos a Isaacs en las luchas civiles de Colombia, en actitud de guerrillero. Es frecuente el caso del literato empeñado en la jornada política, y casi no hay excepción, en la época a la cual nos referimos, del muchacho que suele cambiar la rima de amor por el fusil o del adolescente de prestancia que se muestra enardecido para terciar en el debate público. Y ocurrió que llegaron al poder los amigos de Isaacs y le distinguieron, entonces, con el nombramiento de director del camino de Cali a Buenaventura. En tal época comienzan a florecer los capítulos de *María*, resumen de la savia sentimental que sus episodios de juventud habían acendrado, y de su larga intimación con el paisaje conocido y revisto. Se ha referido que aquel romance de amor fue escrito cerca del río Dagua, en la tienda de un negro, a ratos perdidos, con la pluma sucesivamente breve y lenta. Ese es el libro definitivo para el nombre del poeta, ahora centenario. Se publicó en 1867, al cumplirse los treinta años de su autor, y captándose de inmediato la voluntad de los colombianos, se dió a correr las tierras en una suscitación ininterrumpida de admiraciones. Llegó a España, para reclamar la edición miniada y el lápiz del dibujante se afaná por reconstruir la figura de la heroína. Los poetas versificaron varios de los episodios de la novela y en los finales del novecientos y en los comienzos de nuestro siglo, apenas hubo velador romántico que dejase sin abrir ese libro, bajo la parpadeante luz de la bujía, para buscar el sueño o el desvelo entre las hojas del enternecedor romance.

* * *

Hasta muy cerca de su muerte, ocurrida en Ibagué en 1895, Jorge Isaacs escribió versos, un

ensayo dramático, poemas extensos y otras obras como *Saulo y Camilo*. No era un ingenio puramente academista, aun cuando debiendo considerársele entre los románticos, su pluma pulquérrima recuerda en no pocas veces la tajadura de los clásicos. De sus lecturas y sus preferencias librescas hay momentáneas reminiscencias en aquella especie de escrutinio, no crítico como lo tradicional del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, que Carlos, el amigo de Efraín, hace de su biblioteca: La Biblia, Don Quijote, el esteta Blair, Chateaubriand, el teatro español, especialmente Calderón, Shakeaspeare... Pero lo esencial de su cultura, como lo anota Jorge Noel Rodríguez, hubo de aprovechar en el conocimiento de los viejos autores ingleses y castellanos que abundaban en la librería de su padre.

¿Quién fue María?

En torno de la existencia de María se han entablado muchas discusiones y conjeturas y el mutismo del poeta en cuanto se le interrogaba acerca de la heroína de su novela, debió ser acicate mayor para que se persiguiera su identificación. Quienes sostienen la verdad del relato, han exhumado las cartas íntimas de Isaacs, aprovechándose de datos muy reveladores como los que corresponden a una misiva que dirigiera el poeta al pintor de Buga, Alejandro Dorransoro, a propósito de un retrato de María. En ella expresa Isaacs su juicio del cuadro: "La obra de usted habría sido perfecta, según mi humilde dictamen, si la nariz, que es de tipo español, hubiese sido recta, pero dulce si me permite usted la expresión, y judía, no recargada en la extremidad y si como inefable, aunque casta a impulso de ciertas emociones; la mano más visible, es también menos pequeña que debiera ser; la base del rostro pudo dejarse menos carnuda. Y lo demás... sobre todo los ojos, esa frente, esos cabellos, y la forma en que alineados están y la garganta purísima, y los labios ligeramente imperativos que parecen van a sonreír ya, y el seno purísimo, tan bellamente cubierto por esa tela blanca y transparente, y el conjunto de todo: es ella o casi ella, y esa es la gloria de usted y el motivo de mi admiración. La Virgen de la Silla, de Rafael, modificada un poquito la nariz del modo que he dicho, puede servirle de modelo para esa facción y perdóneme la insistencia en ese punto: ¿se ha fijado usted en un retrato mío?, esa es la forma de la nariz en nuestra familia; mas, debe ser idealizada para aquel rostro de hermosura sobrehumana".

Por otra parte, de una declaración del poeta acerca de su novia, se ha deducido que el personaje de la novela, no pudo ser otro que su prima.

Contrariamente a estas afirmaciones, hay que citar las de los que piensan con Max Grillo, a quien pertenecen las siguientes líneas: "Alrededor de María se ha formado una leyenda... Se ha creído hallar en la virgen caucana el trasunto fiel de la mujer amada por el poeta. En realidad María existió en el corazón de Efraín; la amó desde lejos; acarició su hermosura a través de retratos y conoció su alma por cartas de familia,

pero nunca se estrecharon sus manos ni sus labios se juntaron en un casto beso. Cuando María, deshecho su hogar en Kingston por la muerte de su madre, debía venir al valle del Cauca a residir al lado de su tío, la fatalidad de un golpe estulto derribó el palacio de las fantasías de Efraín, y la ruina de los negocios del padre de Jorge impidió que la doncella jamaicana, prima del poeta, realizase su viaje al Cauca".

Una de las teorías literarias y biológicas más fácilmente averiguadas es la de que hay extenso valor autobiográfico en las obras de arte, novela o poema, drama o leyenda. Pero la misma naturaleza del arte, especialmente si pensamos en el romántico, supone una idealización de los asuntos y de las figuras. Por tal, en la novela de Jorge Isaacs, continuaremos creyendo en María, ya fuese su prima entrañable o ya confluyesen en el personaje ideal los rasgos soñados y las experiencias sentidas y lo que el poeta hubiera querido de perfección y fidelidad para su amada del espíritu. ¿Fue María la doncella de Kingston vista por él en fotografías? ¿Pudo, en realidad, acariciar sus "hombros de porcelana sonrosada" y entretener con ella el diálogo amoroso de las ondinas? ¿Se la arrebató la muerte o una diversa fortuna torció el camino que se complacía en labrar para ella con toda la floresta del valle? ¿Pudo ser la esposa de otro o la dama bogotana que, reclusándose en un retiro monjil, vino a morir, como ha referido una leyenda, en nuestro frígido Machachi?

Pero María, vitalizada en el libro, es y será la de Isaacs y el lector de mañana ha de verla siempre en su romántico avanzar, con un clavel rojo entre los labios, efímera y durable.

Después

¿Estará envejecido el libro del poeta cuyo centenario abriga la tarde abriliana de este recordatorio? La pregunta inane ha de quebrarse de seguro, pues que ya sabemos del destino secular por el cual se han salvado las obras humanas, para ofrecerse en otros tiempos, vivas como en el primer día.

Habría que leer, en justificación de su perennidad, el testimonio de aquel sapiente viejo juvenil que se llamó don Miguel de Unamuno, en el párrafo de una carta dirigida a Cornelio Hispano: "Teniendo ya 59 años—dice el entonces exilado de Hendaya—, leí por primera vez a *María* de Isaacs, en un ejemplar que mi hijo había regalado a su María cuando eran novios. Si la hubiera leído a mis quince años, no me habría calado tan hondo. En rigor yo no he tenido mocedad, sino niñez. Voy pasando de mi primera ancianidad a mi segunda infancia. Y así siento la eternidad del amor. Eternidad no como envolvente de pasado, presente y porvenir, sino como siempre presente abismático. Y ahora un desahogo lírico: amor viejo no envejece—siempre niño, sobre edad—nació entero, así aparece—su vida es eternidad—. Es ciego, mas su ceguera—ve en tinieblas, más allá—y sin deslumbrarse espera—que el alba le llevará.—Amor viejo es niño eterno—flor de flores, lealtad,—no se agosta, que es de invierno

—diciembre, natividad—. Y sigo ahora. Es que a mi amor, niño viejo, no le sopló la muerte, muerte de un sueño encarnado; no me trajo la juventud, como a Isaacs, que escribía su poema cuando yo nacía en 1864. Es decir, sigo naciendo. Y nací también, como otras veces, cuando en casa de mi María, la de mi hijo, leí esa que usted llama "Biblia de los quince años". La sorbí como Efraín el agua fresca y clara de las manos de María".

Artistas colombianos pretendieron una vez llevar la novela a la movilidad cinematográfica, habiéndose perdido su valor introspectivo y la viveza del paisaje y para entonces alguno quiso reparar en su vida de pretérito y en el anacronismo que toda evocación representa en nuestro siglo vertiginoso. Pero aun cuando escribamos para el futuro, hemos de sospechar que en un mañana más tardío nuestras páginas tendrán, por fuerza, la resonancia evocadora, digna de la reviviscencia, sólo si ellas supieron cumplir con su dictado humano. Y la frase diariana, "¿quién que es no es romántico?", dirá de lo que estos libros sentimentales tienen de afín con el alma colectiva.

¿Será verdad que ya no es posible abrir el libro de Isaacs, por cuanto la mayor parte de los hombres de ahora están aprendiendo a defenderse, en la dispersión o en la misantropía, de la enemiga sonriente a quien ya no se le puede llamar con la frase del poeta: "¡María, María! Cuánto te amé, cuánto te amara!"? Quede temblando la sustentación insolitiva aun cuando el tema de alguna novela futurista, nos diga de un idilio en sacudimiento de shimy, de una luna de miel en avión y de un divorcio firmado apenas la pareja abandonó el monoplano, parabolizador de un vértigo en los espacios y raudo, luego, en la caída de la hoja seca. Puede que así sea. Pero María se queda coronada de azucenas.

(De "Repertorio Americano". San José, Costa Rica).

Un Monstruo Musical

P O R D E E M S T A Y L O R

ESTABA hecho como para inspirar curiosidad. Era un hombrecillo desproporcionado, enfermizo, con una cabeza demasiado grande para su cuerpo. Sus nervios andaban mal; tanto, que no podía él soportar sobre su epidermis ninguna tela que no fuese precisamente de seda. Y sus delirios de grandeza convertíanlo en un monstruo de amor propio.

Creía ser uno de los más grandes dramaturgos del mundo, uno de los más grandes pensadores, uno de los más grandes compositores—Shakespeare, Beethoven y Platón, fundidos en una sola pieza—. Era uno de los hombres más parlanchines que jamás hallan sido. Una tarde transcurrida a su lado, era, de seguro, una tarde gastada